

LA INFILTRACION PROTESTANTE EN EL PERU (1)

Por CRISTOBAL DE LOSADA Y PUGA

La Acción Católica Peruana, atenta a los peligros que envuelve la infiltración protestante en el Perú, peligros que ha puesto en evidencia en reciente Carta Pastoral el Excmo. Señor Arzobispo de Lima, ha organizado con su aprobación un ciclo de conferencias destinadas a estudiar diversos aspectos del protestantismo comparado con el catolicismo, y confiadas a eminentes hombres de estudio: Honorio Delgado, el R. P. Manuel Noriega, S. J., Mariano Iberico, Guillermo Hoyos Osoreo, José de la Riva Agüero; cuyos solos nombres prueban que en el Perú el pensamiento católico está representado por los más egregios valores intelectuales y morales.

Al organizar este ciclo de conferencias, cumplimos uno de nuestros deberes primarios: el de cooperar con la Jerarquía en el mantenimiento de la unidad espiritual del Perú. Entre los peligros que puede afrontar un pueblo, los más temibles son esos peligros imponderables que amenazan precisamente su unidad espiritual. Son por lo general peligros difusos cuyas primeras manifestaciones suelen ser difíciles de descubrir, y que sólo percibimos en toda su trágica magnitud cuando trabajando por abajo y por dentro han minado lo que parecía más sólido e invulnerable: tales son justamente los caracteres de la infiltración protestante en los países de la América Latina, y en particular en el Perú. Muchas personas no los ven, porque no saben verlos o porque no quieren verlos; y no han

(1).—Discurso pronunciado como Presidente de la Junta Nacional de la Acción Católica Peruana, al inaugurar el Ciclo de Conferencias sobre el Protestantismo, en el salón de actuaciones del Colegio de la Inmaculada, el viernes 14 de febrero de 1941.

faltado quienes me pregunten el por qué de estas conferencias, "cuando los protestantes son tan buenos cristianos". No cabe dudar de que entre los protestantes, como entre los adeptos de cualquier religión, se encuentran espíritus sinceros, elevados y nobles. Pero nosotros no pensamos en atacar a los protestantes, sino en atacar la infiltración protestante en el Perú, que es cosa enteramente distinta. Los protestantes que se limitan a practicar privadamente la religión en que nacieron y crecieron no nos hacen daño ninguno: lo que nos daña es el conato absurdo de introducir el protestantismo en nuestro país, de destruir la unidad espiritual de nuestro pueblo, de sembrar la duda y la confusión allí donde siempre reinaron la certeza y la claridad.

Y lo más grave es que nosotros mismos, algunos por maldad, muchos por error y casi todos por debilidad y por cobardía, hemos abierto las puertas de nuestra casa a quienes vienen a perturbar nuestra vida. Lo recuerdo perfectamente. Hace un cuarto de siglo, cuando los hombres de mi generación vivíamos los años inconscientes y vacuos de la primera juventud, se propuso en el Congreso la modificación del Artículo 4º de la Constitución del Estado, que decía: "La Nación profesa la religión católica, apostólica, romana; el Estado la protege y no permite el ejercicio público de ninguna otra". Se trataba simplemente de suprimir las palabras finales: "y no permite el ejercicio público de ninguna otra". ¡Cuánto nos dijeron en defensa de la modificación propuesta! Se nos pintaba el cuadro lacrimante de los extranjeros radicados en el Perú, impedidos de rendir culto a Dios; siendo así que existían iglesias y capillas donde los no católicos tenían sus funciones religiosas sin ser molestados. Se nos describía el espectáculo de nuestra patria detenida en el camino del progreso porque las corrientes inmigratorias iban a ambientes más propios, pues nadie quería venir a un país donde no pudiera practicar libremente su religión; y al esgrimir este argumento absurdo, no diré que se olvidaba sino que se quería hacer olvidar que los inmigrantes que más venían a la América del Sur y los únicos que hubieran podido ser asimilados por nuestro país por evidentes razones étnicas y espirituales, eran inmigrantes católicos: españoles e italianos. Se nos llegaba a prometer que con la libertad de cultos se afianzarían las convicciones y se acendraría la fé de los mismos ele-

mentos católicos, al retemplarse en la lucha con los adeptos de otras creencias; pero éstos no vienen a luchar en campo abierto sino a trabajar sobre los elementos menos cultos, menos seguros y menos vigorosos de nuestras filas. Por fin, se nos presentaba a nuestro país convertido en el último baluarte de la intolerancia; y se nos decía que en medio del rutilante liberalismo universal, no había otra mancha negra que el Perú. Muy pocas, muy débiles, muy tímidas, fueron las voces que se elevaron para rechazar estos sofismas; y tengo muy presentes nuestras turbulentas polémicas de universitarios inquietos, en las cuales los que habían tenido la suerte de recibir en un colegio de religiosos una sólida formación, eran los únicos que tenían el concepto claro y justo de las cosas, mientras los demás nos ufanábamos — insensatos! — de profesar “ideas avanzadas”.

Los años han pasado; hemos dejado de ser muchachos y nos hemos hecho hombres, y a medida que madurábamos en la vida, hemos podido contemplar los daños incalculables producidos por esa ofuscación colectiva que se apoderó del país. Los protestantes siguen cumpliendo o no cumpliendo sus deberes religiosos, igual que lo hacían antes. Las prometidas corrientes inmigratorias no han venido y los únicos huéspedes nuevos que ahora alberga el Perú, son unos misioneros entre ingenuos y taimados que lo han escogido como campo de sus actividades y que — el hecho sería divertidamente cómico si no fuera profundamente trágico — se dedican a evangelizar al único país de América que ha producido santos; a predicar a su modo la doctrina del Redentor del Mundo a los compatriotas de Santa Rosa de Lima y del Beato Martín de Porres; a profanar con su cristianismo deformado y laxo este suelo que trillaron en verdaderas y recias cruzadas evangélicas Santo Toribio de Mogrovejo y San Francisco Solano. Tan absurdo empeño sólo puede producir cndebles resultados; y así sólo han conseguido adeptos en las ínfimas capas sociales; entre aquellas personas a quienes pueden convencer mitad por mitad las exhortaciones y las dádivas de los misioneros.

Se dice entre otras cosas, para justificar este empeño de evangelizar a un país profundamente católico, que nuestros indios no tienen religión sino superstición. Admitamos que, dado lo escaso de su cultura, tomen de la religión católica más los símbolos sensibles

que las profundas concepciones y la inefable fuerza emotiva; pero si su catolicismo se apoya en lo sensible, no dudemos de que su protestantismo es algo así como una momentánea claudicación interesada.

Por otra parte, aunque hubiéramos conseguido, abdicando de la unidad espiritual de nuestro pueblo, la venida al país de unos cuantos cientos de miles de inmigrantes, esa inyección de sangre extranjera no habría valido nunca el precio que se pagaba por ella. La gran inmigración, aunque es verdad que explota muchas de las riquezas del suelo, no las explota para el propio beneficio de los nacionales, y sólo en mínima parte el Estado y los señores de la tierra aprovechan de las ventajas del trabajo de los advenedizos, que en muchos casos no son cooperadores sino concurrentes. La inmigración en masa crea en todas partes problemas políticos pavorosos, pero es doblemente peligrosa en un país como el nuestro en que hay millones de indios a quienes nosotros tratamos con caridad, con verdadera caridad cristiana, con humanidad, con amor y con dulzura, pero que no pueden estar seguros de recibir el mismo tratamiento de hombres exóticos pertenecientes a las razas nórdicas o eslavas. Mucho se ha martillado en nuestros oídos con la frase de un estadista argentino: "gobernar es poblar". Eso no es cierto. Gobernar no es poblar. Gobernar es conservar incólume y acrecentar el patrimonio espiritual y material de una nación; es fomentar la conciencia altiva de su propia personalidad, sin mengua de la fraternidad humana; es desarrollar sus recursos para sus propios hijos; es mantener vivos y pujantes los valores esenciales que constituyen una cultura; es asegurar el orden y la pacífica convivencia con justicia y con dignidad: eso es gobernar. Que vengan del extranjero aquellos elementos que nos hacen falta: que vengan capitales — ya sabemos que los inmigrantes no los traen —; que vengan sacerdotes, que representan un invaluable capital espiritual; que vengan algunos técnicos cuidadosamente escogidos y con atribuciones muy bien delimitadas; que vengan los hombres y las familias que lealmente quieran vivir la vida del Perú; que vengan los buenos libros, los buenos periódicos, las buenas ideas; pero que no venga nada más.

Debemos rechazar, incluso por dignidad nacional, toda tentativa de predicar un cristianismo aproximado, a nuestro pueblo que profesa el cristianismo rotundo y total. Ahora, con un ciclo de

conferencias, la Acción Católica Peruana trata de llevar a todos los espíritus la convicción de la superioridad aplastante del catolicismo sobre el protestantismo, convicción que será una consecuencia inmediata del conocimiento de los hechos. Pero no debemos detenernos allí: debemos proclamar muy alto, con franqueza y valentía, que lucharemos hasta conseguir que sea de nuevo, como lo fué durante cien años, tanto un precepto Constitucional como una realidad de la vida, que el Perú profesa la religión católica, apostólica, romana; que el Estado la protege, y que no permite ni el ejercicio público ni la propaganda de ninguna otra.

Cristóbal de LOSADA y PUGA.